


La Misión Kemmerer y el Banco Central del Ecuador

Rafael Cordero Aguilar
Historiador



El 10 de agosto de 1927, hace ya noventa años, en el patio del hermoso edificio situado en la esquina que mira al oriente de las calles García Moreno y Bolívar de esta ciudad de Quito, se suscribía el acta de fundación del Banco Central del Ecuador. Hoy, desde esta tribuna, noventa años después, deseo conmemorar, más que celebrar, este fausto acontecimiento.

Para ello, es necesario rendir homenaje a aquellos hombres que hicieron realidad el proceso de fundación del Banco y cuyos nombres permanecen, con timbre de gloria, en la historia de la patria. Luis Napoleón Dillon, el ideólogo; Víctor Emilio Estrada, el banquero; Abelardo Moncayo Andrade, el financista; Pedro Leopoldo Núñez, el economista; Edwin Walter Kemmerer, el ilustre profesor de Princeton, jefe de la misión de expertos norteamericanos que dieron forma a los afanes modernizadores de la Revolución Juliana y, en torno a ellos y presidiéndolos, el ilustre presidente Isidro Ayora, quien asumió la responsabilidad de concretar en instituciones las ideas de la antedicha revolución.

En el presente artículo, pretendo resumir con método histórico los hechos que llevaron a la creación del Banco Central del Ecuador desde una mirada retrospectiva, que nos permita otear el horizonte de la historia patria con noventa años de perspectiva.

Noventa y siete años habían transcurrido desde la fundación de la República y el Ecuador había transitado por regímenes conservadores, liberales y progresistas. El liberalismo había desembocado en el gobierno de la Plutocracia, podríamos decir que fue el segundo capítulo del orden liberal instaurado en 1895. El marco en el que se desarrolla este momento de la historia es el de una gran contracción económica causada por una sobreoferta de cacao, el petróleo de aquella época, en el mercado mundial, y la consecuente caída de los precios. El Estado

Plutocrático que vio peligrar su estabilidad ante la inesperada estrechez se dio a la tarea de constituir a los bancos en emisores de moneda, que era prestada al Estado para que este pague a la burocracia y al ejército, exigentes y numerosos.

La estructura del endeudamiento estatal hizo crisis en dos momentos del siglo XX: uno en 1914 cuando el gobierno se vio obligado a expedir la Ley de inconvertibilidad del billete bancario, para salvar de la quiebra al Banco Comercial y Agrícola, y otro, en los años 1920 y 1921, cuando la caída de los precios del cacao llegó a su nivel más crítico. Se desató una política monetaria inflacionaria provocada por sucesivas emisiones inorgánicas, la «billetera electrónica» de aquellos tiempos, con catastróficos efectos en los precios.

En un contexto de explosión social cuya más dramática expresión ocurrió el 15 de noviembre de 1922 cuando cientos de trabajadores murieron en Guayaquil reprimidos por el gobierno de José Luis Tamayo, los banqueros y comerciantes guayaquileños con ingenuidad y candor se ofrecieron a costear de sus bolsillos los gastos de contratación de un experto monetario «para que ponga la casa en orden». La siguiente carta es dirigida al presidente Córdova el 23 de junio de 1925, días antes de la revolución que estallaría el 9 de julio. Fue ciertamente un intento de frenar el curso de la historia

Sr. Presidente: los suscritos miembros del comercio de Guayaquil, [nótese que la carta la dirigen las que serían las “fuerzas vivas” de Guayaquil, sin la participación de las de Quito], manifestamos a usted que consideramos de imperiosa necesidad el restablecimiento de una situación monetaria sana y estable. Siendo evidente que las opiniones no han llegado a cristalizarse en forma unánime entre los diversos elementos comerciales, nos parece oportuno y conducente que se obtengan los servicios de un experto monetario extranjero que dictamine sobre nuestra situación y que ponga en prácticas las medidas que aconseje. La oportunidad se presenta ahora que el eminente economista americano Profesor Edwin Walter Kemmerer ha salido de Nueva York contratado por el gobierno de Chile para una misión análoga a la que aquí solicitamos. El Prof. Kemmerer, de la Universidad de Princeton, ha realizado igual y profícua labor en Colombia y acaba de regresar de las Repúblicas de África del Sur donde ha informado sobre la misma cuestión monetaria. Numerosas ejecutorias posee el referido economista y creemos que no debe dejarse pasar la ocasión de que a su regreso de Chile se ocupe de estudiar y darnos las indicaciones y directivas que la situación requiere. Los suscritos estaríamos dispuestos a cooperar a esa labor contribuyendo proporcionalmente al capital pagado de cada uno a los gastos

que demande la venida de este experto monetario, dentro de la cifra de 15.000 dólares de oro que según entendemos es el honorario para una inspección e informe semejante.- Es entendido que nuestra contribución se pagará bajo la convicción de que el consejo del experto será seguido escrupulosamente por los poderes públicos, pues de tal manera y solo así se logró en Colombia implantar la reforma fiscal y monetaria. Somos de usted muy respetuosamente: por el Bco. del Ecuador, Pablo Arosemena, por el Banco Comercial y Agrícola, Francisco Urbina Jado, por la sociedad General de Crédito Juan Marcos, por el Bco. de Descuento, Carlos Julio Arosemena, por La Previsora, Víctor Emilio Estrada, por el Bco. Comercial de España y América, Luis Adriano Dillon, [continúan firmas de caballeros como Luis Orrantia, González Rubio, José Rodríguez Bonín, Leonardo Stag, Luis Vernaza, José Molestina, Juan Marcet y otros].



Pero estaba decidido por la fuerza de los acontecimientos que Edwin Walter Kemmerer sería el instrumento de las reformas que la sociedad ecuatoriana exigía, pero no como huésped del gobierno de la plutocracia ni pagado por los banqueros y comerciantes guayaquileños, sino un Kemmerer al servicio de los ideales de la Revolución Juliana.

Los sucesos políticos julianos son conocidos en profundidad; todos los historiadores se han referido a ellos, así que recordaré los hechos más relevantes para luego retomar el episodio de fundación del Banco Central del Ecuador que hoy conmemoramos:

El 1 de septiembre de 1924 triunfó, con consabido y practicado fraude, el liberal Gonzalo Córdova sobre el conservador Jacinto Jijón y un militar aristócrata, latifundista, progresista y socialista, el coronel Juan Manuel Lasso. Pronto tuvo ese gobierno que enfrentar levantamientos de los conservadores, de empresarios quiteños liberales como Luis Napoleón Dillon, de intelectuales socialistas. Los oficiales jóvenes del ejército formaron círculos, uno de ellos La Liga Secreta que contactó con organizaciones conspirativas civiles, como el grupo Antorcha, con el objeto de destituir al presidente Córdova, lo cual ocurrió el 9 de julio de 1925. Se había producido la Revolución Juliana, ciclo histórico que duraría hasta 1931.

Una Junta Suprema Militar tomó el control del poder con el teniente coronel Telmo Paz y Miño al frente, luego vendrían una primera y una segunda Juntas Provisionales de gobierno, integradas por personajes como José Rafael Busta-

mante, Modesto Larrea Jijón, Francisco Arízaga Luque, Francisco Boloña, Pedro Garaycoa, Luis N. Dillon, Francisco Gómez de la Torre y Julio E. Moreno; vale la pena advertir que ninguno de estos nombres figuraba en la carta de los banqueros guayaquileños del año 25. La situación se estabilizaría al desembocar la Revolución en la dictadura y luego presidencia constitucional del Dr. Isidro Ayora.

En la Revolución Juliana surge una figura de singulares dotes políticas e intelectuales, se trata de Luis Napoleón Dillon, ministro de Hacienda de la Primera Junta Provisional de Gobierno que, el mismo 9 de julio, puso en marcha el proyecto de creación del Banco Central del Ecuador que se concretó con la expedición del decreto del 9 de octubre de 1926 pero que no llegó a efectivizarse. La Segunda Junta Provisional con Isidro Ayora creó la Caja Central de Emisión y Amortización para efectuar la transferencia de los billetes emitidos por los bancos privados y de las correspondientes reservas que los respaldaban y se contactó con el profesor Kemmerer para iniciar las negociaciones de su asesoría al Ecuador.

Habíamos dicho que en el proceso de la Revolución Juliana y en su principal logro, esto es la creación del Banco Central del Ecuador, estuvo presente un personaje de singulares dotes, el Dr. Luis Napoleón Dillon, para poder apreciar lo ideales que guiaban a este eminente personaje y a los a él ligados por similares ideas. Me permito transcribir una nota que se explica por sí misma y dice así:

En la ciudad de Roma, al 28 de marzo de 1907, en el Palacio de Constantino el Grande, sobre el histórico monte Aventino, Luis Napoleón Dillon, Miguel Ángel Albornoz y Pedro Pablo Traversari juran solemnemente y sellan con la sangre de sus arterias esta nota memorable que los ligará, mientras vivan en la obra de la regeneración social y política de la patria. El programa: Paz, Trabajo y Ciencia; el partido: el de los hombres de buena voluntad; el culto: el de la libertad y dignidad humanas. Además, ellos se declaran solidarios en las luchas por la vida, se prometen común apoyo y se juran incondicional protección mutua al amparo de amistad leal y eterna. En fe de lo cual firman de propia mano, en el lugar y día indicados, a las cuatro de la tarde.



Principios eternos que refiriéndose a toda la sociedad animaron a la revolución de julio, principios que hoy, más que nunca, deberían animar a los ecuatorianos en la tarea de la regeneración social y política de la patria.

Regeneración social y política de la patria, este, el ideal que guía a Luis Napoleón Dillon, a los oficiales jóvenes de la Revolución Juliana, al Dr. Isidro Ayora en los siguientes años que vamos a rememorar y que concluyen con la fundación del Banco Central del Ecuador.

Parte, pues, luego de arduas negociaciones con el gobierno ecuatoriano, el profesor Kemmerer hacia el Ecuador un jueves, 7 de octubre de 1926, acompañado de una misión de expertos minuciosamente escogidos por el profesor de entre las mejores universidades e instituciones de los EE. UU. Es reconfortante ver, en los repositorios de la Seeley G. Mudd Manuscript Library de la Universidad de Princeton la correspondencia y entrevistas que mantuvo el más eminente profesor de economía de aquellos tiempos con secretarios de Estado, senadores, banqueros, empresarios, en los cuales se apoyó para escoger a quienes le acompañarían en su misión a Ecuador, pues Kemmerer no venía solamente a fundar un Banco Central, venía a crear en el Ecuador las instituciones necesarias para reconfigurar la administración pública en los campos de las aduanas, ferrocarriles, banca central, supervisión bancaria, finanzas municipales, tributación, administración tributaria y hacendaria, obras públicas, etc., pues casi no hubo campo en el que la misión presidida por el Kemmerer no haya aportado para la organización y modernización de la administración pública del Ecuador.

Invito a los lectores a realizar un esfuerzo imaginativo para asistir a una charla, también imaginaria, entre algunos de los protagonistas de las reformas. El material utilizado en el guion de esta pieza casi teatral está tomado de cartas y documentos rescatados para el Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador, entre ellos, el diario personal del profesor Kemmerer en la Manuscript Library de la Universidad de Princeton, labor que tuve la satisfacción de realizar en el año 1981.

Demos la palabra, en primer lugar, al asesor del Banco Central, E. W. Schwulz, uno de los expertos que Kemmerer dejó en Ecuador para adiestrar a los ecuatorianos en el manejo de las nuevas instituciones por él creadas, quien, a cuatro semanas de fundado el Banco, comenta a Kemmerer, quien ya se encontraba en Bolivia, en carta de 9 de septiembre de 1927, sus impresiones sobre los oficiales del nuevo Banco:

se me ofreció el cargo de Presidente del Banco Central pero yo lo rehusé ya que el Presidente está sujeto al control de los directores mientras que el puesto de asesor es completamente independiente.- También porque creo que los hombres del país deben aprender a manejar las instituciones y esto no pueden hacerlo sin experiencia directa... finalmente los Directores escogieron a uno de su propio grupo, el señor Neptalí Bonifaz, uno de los dos delegados del gobierno ante el directorio. Un buen amigo del señor Bonifaz y su consejero personal fue es-

cogido como vicepresidente, el señor Nicolás Clemente Ponce, un abogado de prestigio y que se considera es honesto. Alberto Bustamante, Director de la Caja Central de Emisión, fue escogido como Gerente Secretario. A mi criterio es un hombre espléndido, recto y digno de confianza. El señor Bonifaz es bastante acomodado (Guachalá) está entre los cincuenta y sesenta años de edad. Treinta años de su vida los ha pasado en Francia regresando al Ecuador, luego de una ausencia ininterrumpida de 20 años, solo unos meses antes de la llegada de la Misión a este país. No ha tenido experiencia en los negocios y no tiene una clara idea sobre la diferencia que existe entre un Banco Central y un Banco Comercial normal. Mi apreciación sobre los miembros del Directorio es la siguiente: Federico Malo, un hombre de edad de Cuenca, él es nulo, uno de los hombres designados por el gobierno. Luis Antonio Carbo, algún conocimiento teórico de Moneda y Finanzas. Un buen trabajador, demasiado inclinado a trabajar tras bastidores. Enrique Cueva, el único miembro del Directorio con experiencia bancaria práctica. Tiene una considerable fuerza personal, habla siempre demasiado y muy prolongado, su juicio es erróneo básicamente porque presta atención a medias. Agustín Rendón, el hombre de lo laboral, poca educación y un horizonte limitado. Tiene buenas intenciones y su juicio es mucho mejor que el de cualquier otro director si se considera sus limitaciones en relación a educación y experiencia. Luis Napoleón Dillon, ex Ministro de Finanzas. Instintivamente desconfío de él, un político. Luis Adriano Dillon ninguna relación con el anterior muy viejo y con fama de rico, rara vez dice algo excepto sí, un hombre sí. Nicolás Clemente Ponce un conservador del Sagrado Corazón, demasiado cerrado y provinciano y exageradamente técnico en mi opinión. Sin embargo, parece ser honesto. Neptalí Bonifaz, mencionado anteriormente, probablemente el hombre del Directorio más capaz después de Rendón.



Abelardo Moncayo Andrade, el financista, hace un resumen de las peripecias corridas por las reformas kemmerianas a partir del año 1927, en carta a Kemmerer del 2 de agosto de 1930:

He recordado frecuentemente [le dice Moncayo a Kemmerer] que cierto día le manifesté a usted mi complacencia por el sentimiento unánime de satisfacción y apoyo de que estaba rodeada la Misión, usted sonrió con un poco de excepticismo y me dijo que este sentimiento no duraría mucho tiempo, que se produciría una reacción posiblemente antes de que la reforma llegara a ser conocida y experimentada en sus efectos y que se necesitaría el transcurso de largo tiempo para que el país llegara a penetrarse verdaderamente del alcance y beneficios de la reforma. He sentido mucho tener que reconocer que usted no se equivocó al decir esto, en efecto se ha producido una corriente de sentimiento adversa a la reforma efectuada, es indudable que la reforma ha estado y está todavía en peligro de que una ola reaccionaria la destruya. En la Asamblea Constituyente de 1928 a 1929 hubo un serio esfuerzo para deshacer lo hecho y el empeño que puse en mantenerla me hizo muy impopular... la parte más discutida de la Reforma ha sido indudablemente la hacendaria. El señor Keines escribió en cierta ocasión que los zapateros tienen sobre los economistas la ventaja de que todo el mundo está de acuerdo en que para hacer zapatos se necesita ser zapatero, mientras que son pocos los que creen necesario algún estudio para ocuparse de cuestiones económicas...



El profesor Kemmerer puso como uno de los puntales de sus reformas en Ecuador, y otros 14 países por él asesorados, al Patrón Oro como medida del patrón monetario. Esta medida de valor fue abolida en todo el mundo a partir de la crisis mundial de los años 30, pero el profesor Kemmerer defendió la validez de su teoría hasta el fin de sus días. Tomemos las palabras del profesor Kemmerer en un discurso radial a todo el país el 18 de mayo de 1932, sin pretender entrar a la discusión técnica de la validez del patrón oro; es históricamente importante escuchar a Kemmerer hablar sobre este tema, en forma sumamente resumida. Decía Kemmerer:

el patrón oro es un sistema de circulación en el cual la unidad de valor en la cual los sueldos y precios están expresados habitualmente consiste en el valor de una cantidad fija de oro en el mercado libre del oro. En los EE. UU. la unidad de valor es el dólar, oro que contiene 23.22 gramos de oro puro. Tomando en cuenta que hay 480 gramos de oro puro en una onza de oro, con ella se puede acuñar 20.67 dólares. Como tenemos libre circulación del oro en los EE. UU., cualquiera puede entregar oro a una casa de moneda americana y hacerlo acuñar en monedas de oro, recibiendo 20.67 dólares (menos unos centavos por refinar y ensamblar) por cada onza de oro que llevó a la casa de la moneda. Así que veinte dólares con sesenta y siete centavos es en realidad una onza de oro puro transformada en dinero.



Clara y pedagógica la explicación del profesor Kemmerer sobre un tema difícil y árido. La he traído a colación para comprender el pensamiento del profesor en las circunstancias históricas de hace 90 años.

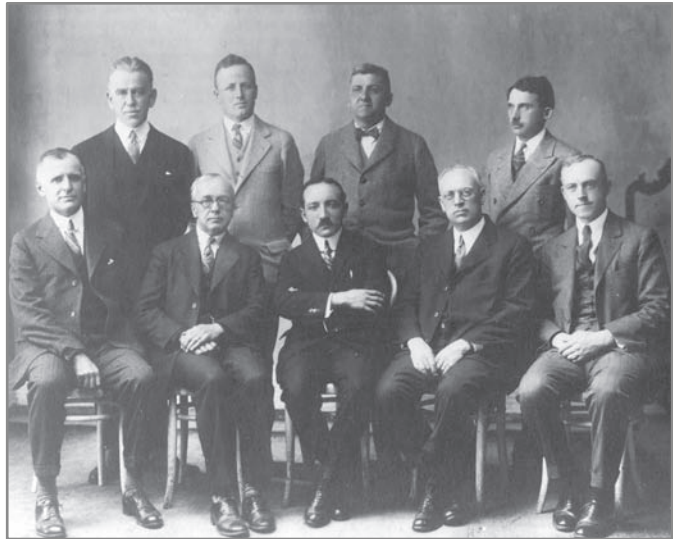
Cuando el Banco Central me encomendó la tarea de localizar los papeles de Kemmerer en Princeton, expresó su particular interés en acceder a los diarios del profesor durante su estadía en Ecuador y obtener copia de los mismos con el afán, claro está, de encontrar en el mencionado diario, si los había, confidencias, ideas, conceptos que el profesor solo encomendaría a su diario y que no constarían en sus documentos públicos entregados al gobierno del Ecuador. Las gestiones tuvieron éxito no por habilidad ni mérito del investigador, sino por la exquisita cortesía y afabilidad de la *Curator*, Miss Bressler, del Archivo de Manuscritos de Princeton, quien no dudó en ofrecer sin reservas todos los documentos relativos al profesor, conceder copias de los mismos y facilitar en todo sentido la tarea de investigación. Gesto digno de mención cuando la experiencia es que en ciertos archivos históricos en el Ecuador, sus curadores hacen gala de desconfianza y recelo frente a un investigador, y no es raro que adopten a veces el papel de vigilantes que desconfían del estudioso, en el que, con prejuicios, ven un potencial sustractor de información.

Mas no solo se contó con la admirable colaboración de la curadora del Archivo de Manuscritos de Princeton, sino que pronto, la hija del profesor, Ruth Kemmerer, enterada de la presencia de alguien que se interesaba por los documentos de su padre, acudió al archivo y colaboró con entusiasmo en la investigación. Más importante aún, y debo referirlo por honradez intelectual, es que una vez en posesión de los diarios del profesor, se constató, con angustia, que eran prácticamente ilegibles, pues sus trazos en inglés eran de pésima caligrafía y seguramente fueron escritos

no en un cómodo escritorio sino, por así decirlo, a lomo de mula por las circunstancias de esos días. Teníamos pues en nuestras manos los diarios, pero no podíamos transcribirlos. Nuevamente, la fortuna vino en nuestro auxilio, pues Ruth Kemmerer me puso en contacto con su hermano Donald, profesor en aquellos tiempos de la Universidad de Illinois, en Urbana, quien era, según doña Ruth, el único que podía entender y transcribir al inglés los ilegibles trazos del profesor, su padre.

El diario de Kemmerer se encuentra publicado en el número 19 de la *Revista Cultura*, que supongo ustedes extrañarán, pues fue una publicación de primer orden del Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador. Haré un resumen, lo más

breve posible, de lo más relevante y anecdótico de su contenido. La Misión llegó al Ecuador por el puerto de La Libertad el domingo, 17 de octubre de 1926. Según las propias palabras del profesor, el desembarco se realizó «en las espaldas de los nativos». El curioso arribo de Kemmerer y sus expertos resultará simbólico para quienes han querido ver en las Misiones de Expertos Financieros de la primera mitad del siglo pasado una nueva forma de influencia e intromisión norteamericana en la vida de los países latinoamericanos, considerándolas como un cambio de estrategia que dio de baja a aquella obsoleta de las cañoneras y la reemplazó por la de los *financial advisers*, a la larga más efectiva y menos evidente. Para otros, la anécdota no es más que una reminiscencia del trato, que algo tenía de humillante, que se proporcionaba a los viajeros de la época, originada posiblemente en la carencia de muelles y atracaderos apropiados para el desembarque. El diario es el de un hombre parco, sobrio, que procura no exteriorizar sus sentimientos y cuya prudencia lo exime de emitir juicios a primera vista. Una vez instalado en la Quinta Presidencial que el gobierno del Dr. Ayora destinó para hospedaje de la Misión y que quedaba en el lote que luego albergó a la Embajada Norteamericana en Quito, hoy la Fiscalía de la Nación, en la esquina de las avenidas 12 de Octubre y Patria, hizo su primera salida a pie por las calles y no pudo ocultar su asombro de «ver la suciedad y atraso del lugar». Anota que Quito es peor que la ciudad de Guatemala, Bogotá o cualquiera otra que haya visitado. La Misión supo mantener un alto nivel profesional y ético que le hizo rechazar frecuentes solicitudes de empresarios norteamericanos que pretendieron utilizar la influencia del profesor ante el gobierno ecuatoriano



Doctor Edwin Walter Kemmerer, el Ministro de Hacienda del Ecuador, Luis Napoleón Dillon y los miembros de la misión técnica.

Fuente: Colección del autor



Edwin Walter Kemmerer y Luis Napoleón Dillon

Fuente: Colección del autor

para saldar antiguas cuentas provenientes de incumplimientos comerciales; a todas rechazó terminantemente. El diario muestra el caso del ministro norteamericano en Quito, Gerhard Bading, hombre mediocre y fatuo que quiso ver en Kemmerer a un funcionario de su gobierno y, por tanto, a un subalterno que tenía la obligación de consultarle e informarle en detalle sobre la marcha del trabajo de asesoría. Kemmerer reaccionó enérgica y dignamente contra este funcionario y llegó a elevar una queja ante el Departamento de Estado por su conducta inapropiada. Veamos en palabras del profesor la situación creada con la embajada en Quito:

Nos apenó que Bading nos haya tomado tanta antipatía ya que tratamos de «jugar el juego» con la legación americana en Ecuador tal como lo hicimos en Colombia, Chile y Polonia. Aparentemente hubo cinco motivos para las dificultades 1. Bading no está bien de salud, sufre mucho de neuritis, esto probablemente explica su carácter irascible. Tiene una actitud de resentimiento y parece pelearse con casi todos con quienes trata. 2. Tenía la opinión de que debíamos consultarle respecto de nuestros planes y recomendaciones y darle información anticipada relativa a nuestros informes al gobierno. Habría sido inmoral y un abuso de confianza darle dicha información de antemano. En cuanto a consultarle en relación con nuestros problemas, pronto descubrimos que nada sabía al respecto pero al parecer creía que sabía mucho... parecía no simpatizar con el gobierno comenzando con el Presidente y aprovechó cada oportunidad para expresar su desagrado y desconfianza... 5. Quito es una gran ciudad para comprar cierto tipo de antigüedades españolas. Este es el pasatiempo principal de Bading, algunas de nuestras mujeres también se interesaron en eso y eso no aumentó la popularidad de nuestra misión.



El profesor, hombre de mundo al fin y al cabo, tenía sus debilidades. La afición a los caballos era una de ellas, por lo que logró que el gobierno le proveyera, todos los días, de una partida de jumentos de la mejor calidad posible. Realizaba, pues, una cabalgata diaria, temprano en la mañana, antes de concurrir a sus oficinas situadas en lo que luego fue el edificio de los correos, en la calle Benalcázar. El 4 de marzo de 1927, el general Francisco Gómez de la Torre intentó un golpe de Estado contra el presidente Ayora, quien fue reducido a prisión por unas pocas horas junto con alguno de sus ministros. Esto ocasionó que los caballos no estuvieran aquel día disponibles y el profesor lacónicamente comentó: «hoy no vinieron los caballos, hubo una revolución».

Kemmerer abandonó el Ecuador el 21 de marzo de 1927, rumbo a Bolivia. Desde allí, con frecuencia, recibió consultas del gobierno ecuatoriano sobre aspectos puntuales de sus reformas, a todas contestaba inmediatamente y no se abstenía de instruir para que depositaran sus honorarios en su cuenta del Banco de Princeton.

Cronistas de la economía han señalado diversas épocas en el desarrollo histórico del Banco Central. La primera iría de 1927 a 1938, su tarea de emisión y conversión monetaria se basó en mantener reservas de oro equivalentes al 50% de los billetes en circulación, respaldo que fluctuaría entre el 62% y el 73% de las reservas en oro. Es una época de crecimiento institucional y así se establecen además de la Casa Matriz de Quito, la Sucursal Mayor en Guayaquil y sucursales menores en Cuenca y Riobamba.

Durante el gobierno de Alfredo Baquerizo Moreno se afectó seriamente la autonomía de la institución tan defendida por Kemmerer. Esto, sumado al agotamiento del sistema del patrón oro, hizo necesario el concurso de una comisión conformada por dos banqueros ecuatorianos, Víctor Emilio Estrada y Humberto Albornoz Sánchez, un costeño y un serrano, quienes, junto con el experto mexicano Manuel Gómez Morín, diseñaron otro esquema para el Banco Central, con una nueva organización interna y crearon la Asamblea de Accionistas y la Gerencia General.

Una segunda época va de 1938 a 1947. En ella se recurre por segunda vez a Neptalí Bonifaz, esta vez para que dirija el nuevo Consejo de Administración. La Segunda Guerra Mundial y el conflicto con el Perú de aquellos años incidieron fuertemente en la economía del Ecuador, trajeron un nuevo ordenamiento que se concretó en la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas, efectuada en julio de 1944 en Breton Woods, que creó un sistema monetario internacional basado en el patrón oro y en la constitución del Fondo Monetario Internacional.

A fines de 1946, el gobierno nacional solicitó al Fondo Monetario Internacional el envío de una misión de expertos para analizar la situación monetaria y

cambiaría del país. La misión estuvo integrada por Robert Triffin, que le dio su nombre, al igual que la misión Kemmerer, y otros expertos que prepararon la Ley de Cambios Internacionales y la de Régimen Monetario. La Ley flexibilizó la rigidez del patrón oro, creó la Junta Monetaria como organismo directivo y estableció la Subgerencia General.

Entre septiembre de 1944 y diciembre de 1960 se vivió un período de inmensa estabilidad bajo la Gerencia de Guillermo Pérez Chiriboga, quien dirigió el Banco Central por 16 años ininterrumpidos hasta 1960. El Banco Central aportó en esos años para la creación de Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, más tarde Consejo Nacional de Desarrollo (Conade) y la Comisión de Valores.

Viene un período cercano a nosotros, el de la década de los 80, caracterizado por un significativo crecimiento cuantitativo y un segundo que abarca los 90 con la nueva Ley de Régimen Monetario y Banco del Estado, promulgada en mayo de 1992, con la cual el Banco Central desarrolla un proceso de modernización pionero en el conjunto de la reforma del Estado.

Permítanme referirme en cortos pero imprescindibles párrafos a una tarea inmensa, no bancaria, no monetaria, no cambiaria, pero trascendente para el país, que desarrolló el Banco Central del Ecuador. En efecto, desde los años 50 el Banco emprendió una labor sistemática de preservación del patrimonio arqueológico, etnográfico, numismático, artístico, bibliográfico, archivístico y conservacionista sin parangón en la historia del país. Dicho de otro modo, el Banco Central del Ecuador entró de lleno y con singular éxito en el mundo de la cultura, del desarrollo social y humano. Lo hizo inspirado en palabras de su fundador, el Dr. Kemmerer, quien afirmó que las utilidades del Banco Central en el cumplimiento de sus competencias debían ser devueltas al país en forma de cultura.

Estos acervos permitieron al Banco crear un extraordinario Museo Nacional en Quito, museos de arte contemporáneo y arqueología en Guayaquil y en Cuenca, salas de exposición en Riobamba, Ambato, Ibarra, Tulcán, Esmeraldas, Manta, Bahía, Loja, el Museo Numismático en Quito, archivos históricos en Quito, Guayaquil y Cuenca. Adquirió y puso en servicio los extraordinarios acervos del Fondo Jacinto Jijón, Carlos Manuel Larrea e Isaac Barrera, en Quito. Estableció centros culturales en siete ciudades del país. En fin, una tarea inmensa que junto al Fondo de Desarrollo Rural Marginal y al Programa del Muchacho Trabajador mostraron al Ecuador cuánto se puede hacer cuando una institución tan sólida como el Banco, con un elemento humano de primera categoría, extiende su labor hacia el arte, la cultura y el desarrollo social.

Llegamos señores, por fin, al siglo XXI, siglo nefasto para nuestra institución, pues pierde protagonismo en lo económico al cesar sus facultades

emisoras y su función de Banco de Bancos, pierde su autonomía con la Constitución de Montecristi y demás leyes expedidas por la Revolución Ciudadana, pierde su papel protagónico en la cultura al cerrarse sus museos, bibliotecas, archivos y centros culturales, puestos irresponsablemente en manos de la burocracia de un mal llamado Ministerio de Cultura. Deja inconclusa una inmensa labor editorial que hasta hoy es extrañada por la ciudadanía. Pruebas al canto: todos sabemos que el único Museo Nacional que había en el Ecuador y que era el del Banco Central, que se albergaba en 6.000 metros cuadrados arrendados por el Banco Central a la Casa de la Cultura, se desmanteló hace pocos meses para dar paso a un evento de medio ambiente que duró tres días. Sus repositorios etnográficos, arqueológicos y artísticos, miles de piezas amorosamente adquiridas y coleccionadas por el Banco, fueron embodegados en tres subsuelos del Edificio Aranjuez y otros lugares igualmente inapropiados, en espera de encontrar un local para volver a instalarlos como museo, pero eso sí con un guion museológico afín a la revolución ciudadana.

Paradojas de la historia, una revolución, la Juliana de los años 20, crea el Banco Central del Ecuador y otra, la Ciudadana, hecha por tierra las conquistas de la primera. Hay revoluciones que pasan a la memoria de los pueblos y hay aquellas que deberían ser olvidadas por los mismos.



Presidente de la República Doctor Isidro Ayora Cueva y Doctor Edwin Walter Kemmerer
Fuente: Colección del autor